



elige tratar –y en cómo los aborda– antes que por medio de explícitas afirmaciones.

El talante de Žižek parece encajar mejor con la propia perspectiva de Roggerone. Así, glosándolo en tono inconfundiblemente aprobador, Roggerone escribe: “¿Qué deberíamos hacer en momentos como los que hoy nos toca vivir, entonces? No desesperar, en principio. Habría que evitar tanto el embelesamiento melancólico, nostálgico-narcisista, como la aceptación cínico-realista” (p. 375). Todo un manifiesto, podríamos decir, que en lenguaje žižekiano (y por consiguiente lacaniano), reafirma la perspectiva andersoniana.

Mediante esta perspectiva, con la que se abre y se cierra esta obra, Roggerone nos propone una vuelta a Marx desde Hegel. Al recapitular las razones por las que aunar en una misma obra a Honneth y a Žižek, escribe: “(...) ambos son intelectuales públicos, preocupados por intervenir en los problemas candentes del presente, que asumen la crisis del marxismo como tal y apuestan por el reconocimiento de la crítica. A esto se suma que, en mayor o menor grado, uno y otro comparten el interés por temas como los del (pos)estructuralismo francés, el psicoanálisis, etc. Hay un tópico, sin embargo, que hermana a sus empresas como pocos. Nos referimos, por supuesto, a Hegel. De hecho, podría decirse que, en términos generales, las obras de Honneth y Žižek suponen por igual *una vuelta a (y de) Hegel*. (p. 385). Pero no se trata de una vuelta sin más. Se trata de una vuelta a (y de) Hegel que nos invita a retornar al punto desde el que partió Marx: la crítica implacable de todo lo existente. Pero este regreso, propone Roggerone, entraña transformar a Marx, antes que sólo inter-pretarlo.

Andrea Barriga
IFDC “Luis Beltrán”

A propósito de Karl Schlögel, Terror y utopía. Moscú en 1937, Barcelona, Acontilado, 2014, 999 pp.

En su monumental **Terror y utopía. Moscú en 1937**, Karl Schlögel no escapa a la tendencia que actualmente predomina en los estudios sobre Rusia y la Unión Soviética: la revisión del estalinismo y sus derivas. Sin embargo, el historiador alemán se distingue porque en su obra lo hace desde una perspectiva tan original como fascinante. Partiendo de la teoría bajtiniana de los cronotopos, el libro describe las transformaciones que sufrió la capital soviética durante el decisivo año de 1937 a través de la reconstrucción de una constelación de tiempo, lugar y acción que los contemporáneos ya experimentaban como históricamente significativa. En ese sentido, y como no podía ser de otra manera, una de las grandes apuestas del libro es escritural. Si la historiografía sigue estando a merced de la narrativa, como se sostiene en el prólogo, la construcción de una “narrativa de lo simultáneo” se plantea como un enorme desafío para exponer aquello que los sujetos percibieron como un todo integrado pero que la especialización profesional separó en fragmentos. El libro supera el desafío con creces y tal vez ese sea uno de sus mayores logros. Los otros están relacionados con el modo en el cual las diversas temáticas abordadas se enlazan con las problemáticas fundamentales de la Unión Soviética.

Una de ellas, y tal vez la más significativa, es la cuestión de la modernidad. El libro acuerda con la idea de que el estalinismo fue la instancia en el cual Rusia finalmente se modernizó, aunque la interpretación no parece tomar partido por los *modernistas* ni por los *neo-traditionalistas*, las posiciones hoy en pugna en el debate historiográfico. Por el contrario, el texto parece estar más cerca de lo que Michael David-Fox ha definido como “modernidades enredadas”, en tanto y cuanto hay una búsqueda por internacionalizar los estudios rusos y dar cuenta no solo de los paralelos o discontinuidades respecto de la modernidad

occidental sino también de las mutuas apreciaciones e interacciones producidas a través de las fronteras. En ese sentido, los acontecimientos relatados forman parte de un proceso que es singular pero no original. Aquí debemos resaltar también el esfuerzo del libro por rescatar las dimensiones sociales, económicas y estéticas de la modernidad soviética, dejando de lado las posiciones que se centraban únicamente en el Estado. La influencia del ya clásico estudio de Marshall Berman es más que significativa, sobre todo cuando Schlögel reconoce para el caso ruso la existencia del componente que el sociólogo norteamericano consideraba central para pensar la experiencia de la modernidad: la combinación en dosis iguales de fascinación y temor.

A su vez, el libro de Schlögel se suma a los estudios que sitúan a la Unión Soviética dentro del contexto más amplio del sistema mundo y que explican cómo este condicionó su desempeño tanto interno como externo. En ese sentido, la historia de Moscú del año ‘37 es parte de la europea y no una anomalía bizarra en el devenir del mundo. Si, por ejemplo, se analiza el desempeño económico de la dirigencia soviética en los decisivos años ‘20, se puede ver que la toma de sus decisiones dependió más de las transformaciones económicas mundiales que del poder supremo de Stalin o de la ideología marxista. El libro se encarga de resaltar esta cuestión en toda su complejidad, como se advierte especialmente en los capítulos dedicados al cine, a la música, a la arquitectura o a la industria automotriz. Los vínculos culturales y económicos entre la Unión Soviética y el resto del mundo son más intensos y usuales de lo que habitualmente se supuso y Moscú es uno de los tantos escenarios en donde transcurre la historia mundial. Esta cuestión se observa, incluso, en capítulos que en apariencia son más locales, como el dedicado al terror o a los grandes juicios.

A pesar de todos estos logros, al finalizar la lectura queda la sensación de algunos desbalances. Si bien el libro se propone

analizar lugares públicos, como las estaciones de trenes o los mercados negros, esos espacios tienen un lugar menor en el relato, si es que se asoman alguna vez. Por el contrario, el único espacio público que aflora, la Plaza Roja, es un espacio oficial en donde los ciudadanos solo aparecen para ejecutar los rituales estatales. Casi no hay voces de la gente *común*, ya que las fuentes principales, a pesar de la pluralidad y originalidad de algunas de ellas, son en su mayoría diarios, eventos públicos y otros productos culturales de la elite. Por otra parte, llama la atención que no se le diera más lugar al espacio *utópico* por excelencia que fuera construido por esos años: el Metro de Moscú. A la par de los rascacielos, fue uno de los elementos que marcó tanto el ritmo de la modernización como el del sueño comunista. Finalmente, la descripción de los acontecimientos no viene acompañada de una argumentación que les otorgue una explicación de sentido. Si bien el autor explícitamente rechaza tal objetivo en el prólogo, creemos que la incorporación de un esbozo de explicación global hubiera colaborado en una mejor comprensión de los eventos allí narrados. Estas ausencias, sin embargo, no eclipsan los enormes logros de una titánica empresa como es **Terror y Utopía**.

Para finalizar, volvemos al principio. En la brillante elección del título, Schlögel no solo expresa en un lugar de privilegio la decisión metodológica de circunscribir los resultados de la investigación al ámbito territorial de las fuentes analizadas sino que también pone de manifiesto el peso relativo que esa ciudad y ese año tuvieron —y tienen aún— dentro de la historia y la cultura rusas. Es muy común la utilización del par binario Moscú/San Petersburgo para explicar conductas o cambios políticos y culturales. Moscú es, dentro de esa construcción, el espacio de lo tradicional, lo religioso y lo auténtico, es decir, la Rusia profunda. San Petersburgo, por el contrario, es el lugar de lo moderno, lo secular y lo artificial, vale decir, Europa. En su libro Schlögel opera un cambio de sentido interesante: trasporta los valores tradicional-

mente asociados a la capital imperial hacia Moscú e invierte la ecuación, poniendo en cuestión no solo la efectividad de esa construcción sino también los mitos asociados a ella. Respecto del año, la elección es también un acierto. Los ciudadanos soviéticos no solían utilizar la frase *gran terror* para hacer referencia a los peores años estalinistas. Preferían decir 1937 e incluso algunos optaban por el más lacónico '37. Pero todavía hoy ese año funciona como palabra clave para hacer referencia a las catástrofes del estalinismo, sus métodos y sus efectos. Para comprobarlo, solo basta pararse en un momento de impacto internacional: la detención de los integrantes de Pussy Riot que invadieron el partido final del Mundial de fútbol de 2018 jugado en la capital. Todavía en el estadio Luzhnikí, esperando su traslado, uno de los guardias lanzó sobre las detenidas una frase demoledora: "a veces deseo estar en el año '37". Su significado pasó desapercibido para casi todo el mundo, pero ese breve episodio puso de manifiesto hasta dónde el Moscú de 1937 fue, y sigue siendo, un parteaguas para la sociedad rusa.

Martín Baña
UBA/UNSAM/CONICET

A propósito de Ezequiel Adamovsky, **El gaucho indómito. De Martín Fierro a Perón, el emblema imposible de una nación desgarrada**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2019, 267 pp.

Desde muy temprano, la figura del gaucho parece haber fascinado a generaciones de argentinos: de todos los personajes de la pampa fue el gaucho quien se convirtió rápidamente en una referencia ineludible de la cultura nacional. Testimonio de esto es la ubicuidad que parece tener en distintas manifestaciones culturales tanto plebeyas como letradas; lo encontramos en las artes plásticas, en la música, en las artes escénicas y en la literatura. Es en este último campo en donde el **Martín Fierro** se erige como arquetipo de argenti-

nidad. Este emblemático texto, producido por un miembro de la élite criolla, tuvo la particularidad de existir simultáneamente en la oralidad del público popular analfabeto y entre los letrados, quienes lo reconocieron —no sin controversia— como el hecho fundante de la literatura argentina. Las aventuras del gaucho **Martín Fierro** y los ecos que lo acompañaron cristalizan, además, un fenómeno cultural completamente original y duradero como es el criollismo en el Río de la Plata. No es extraño entonces que haya despertado el interés de los académicos. Entre las múltiples aproximaciones dedicadas a este fenómeno cultural se destacan, ya como clásico, el texto de Adolfo Prieto, aunque podríamos mencionar también a Halperín Donghi, Sarlo y Altamirano, así como Ludmer, entre otros. El libro de Adamovsky se inscribe en este campo de intereses, incorporando a una temática muy visitada una serie de interrogantes renovados. De las múltiples aristas que propone el libro nos centraremos en aquellas hipótesis y cuestiones metodológicas que, consideramos, dan cuenta de manera más acabada de los interrogantes que sustentan el estudio.

El autor se acerca a la cuestión del criollismo haciendo foco en el criollismo popular y en la figura del gaucho. Considera que se trata de una figura privilegiada para pensar el problema de la construcción de la nación, de la etnogénesis de un nosotros argentino, las tensiones y conflictos que este proceso implica y su proyección en la mediana duración. Como muy temprano demuestra Adamovsky, pensar a la nación a través del gaucho trajo consigo una multiplicidad de problemas.

Con esa hipótesis como guía, el libro incorpora una multiplicidad de elementos. Creemos que dos líneas de trabajo deben ser destacadas por lo incisivo de las preguntas que las orientan y por el abundante caudal de fuentes consideradas. En primer lugar, el lugar activo de los sectores populares dentro del fenómeno criollista; entendidos no simplemente como consumidores sino como productores de sentidos,